

LA JUVENTUD  
"INTELECTUAL,, ESPAÑOLA



HAY en el griego alejandrino y en el moderno una hermosa palabra *metarritmis* (que un portugués escribiría *metarrhythmisis*), que significa «cambio de ritmo» o sea trasmutación de íntima estructura. Se la halla empleada en el sentido de «reforma o transformación» más o menos íntima, pero en la fuerza de su composición designa una transformación la más íntima que en un ser cabe, puesto que es la de su ritmo, faz de su más honda estructura. Me llevaría muy lejos de mi objeto presente el empeño de sugerir vivamente al lector cómo el temperamento o idiosincrasia de cada cosa (pues lo tiene todo objeto) se revela en un ritmo particular y cómo la suprema fórmula de cada ser puede resultar fórmula de función rítmica. Baste decir ahora que hay cuerpos químicos, los llamados *isoméricos*, que constando de los mismos elementos simples en proporciones



iguales difieren, sin embargo, en cualidades y propiedades, activas y pasivas, hasta el punto de ser cuerpos totalmente diversos. En qué consista esta diferencia no es cosa puesta en claro en cada caso, si bien cabe corroborar la hipótesis de depender tal fenómeno del distinto modo de encadenarse los átomos. Esto del encadenamiento de los átomos es en concepción estática de la mecánica molecular, pero en concepción dinámica se reduce a una diferencia en ritmo molecular. Y de aquí el que a la permutación de un cuerpo en otro isomérico cabría llamar *metarritmisis*.

Esta digresión se endereza a indicar cómo hay algo más hondo que una reforma o que una revolución—cambio de forma o de vuelta o postura—, cómo hay una íntima trasmutación que puede hacer de un objeto otro objeto distinto, no nueva forma del mismo.

Es lo que necesita nuestra juventud *intelectual*, si es que aún hay para ella remedio: ser metarritmizada; una sacudida en las más íntimas y entrañables palpitaciones de su ser. Ni reforma ni revolución bastan. Necesita la conciencia colectiva de nuestro pueblo una crisis que produzca lo que en psicología patológica se llama cambio de personalidad; un derrumbarse el viejo «yo» para que se alce sobre sus ruinas y nutrido de ellas

el «yo» nuevo, sobre la base de continuidad de las funciones sociales meramente fisiológicas<sup>1</sup>.

Sí, necesitamos que una vibrante metarritmisis nos transpersonalice.

Por ahí fuera, allende el Pirineo, se agitan los jóvenes de mil modos, buscando los unos crear con la materia la forma, con la forma la materia los otros, fundando revistas nuevas, venteando nuevos rastros, discutiendo a los viejos, corriendo a alistarse en la santa cruzada del Ideal.

Todo el que lee algo tiene noticia de la convertibilidad del calor en movimiento y de éste en aquél, y sabe que el movimiento visible es movimiento de masa y el calor movimiento molecular. Cuerpos en aparente reposo, en reposo local visible, están vibrando enérgicamente e irradiando calor y luz mientras caminan otros fríos y oscuros. Al detenerse de pronto una masa en vertigi-

<sup>1</sup> Para los que conozcan cualquier buen trabajo acerca de la filosofía química moderna, v. gr., el de Lotario Meyer (en francés, *Les théories modernes de la chimie et leur application à la mécanique chimique*), resultará lo sugestivo que deseo cuanto acabo de escribir acerca de la *metarritmisis*; y para los que conozcan la psicología fisiológica moderna, lo que indico acerca del cambio de personalidad sobre la base de continuidad fisiológica. (Puede verse *Les maladies de la personnalité*, de Th. Ribot.)



nosa velocidad se caldea y para arrastrar un tren hay que destruir calor.

Algo así ocurre en la vida social donde hay pueblos que *andan fríos*, otros que *se están caldeados* y otros por fin—¡terrible estado!—que *se están fríos*, dormitando en monorítmicas oscilaciones, en verdadero estado de cristalización, estado en que parece se mueven las moléculas a batuta y compás, todas a un tiempo y en una dirección todas, esclavas de fijos ejes de orientación.

Y hay que señalar un hecho social, cual es el de que no pocas veces cuanto pierde una masa social en movimiento de conjunto lo gana en movimiento íntimo, en calor social, agente de hondísimas transformaciones. ¿Quién dice que la muchedumbre de una feria no se agita tanto como un batallón en marcha? Esta transformación de fuerzas sociales la conocen bien los ordeñadores de los pueblos, y así en cuanto observan que sube la temperatura de éstos y que se caldean y empiezan a echar chispas provocan un gran movimiento de conjunto, una marcha en tropa, una guerra o una agitación *política* bajo la batuta de un programa con sus comités y sus adminículos todos.

Por ahí fuera, allende el Pirineo, sube de punto el calor social en tal cual foco, brotan chispas, la

atmósfera va caldeándose y de la descomposición de más de un movimiento macizo, de masa y conjunto, surge una potente agitación molecular, individual. Parece como que cada individuo busca su oscilación propia, su ritmo peculiar. ¡Así lo consiga! Pues de tal modo es como mejor acabaremos por entendernos, por armonizarnos, por producir de las libres oscilaciones del espíritu de cada uno la total sinfonía en que todas se concierten por virtud propia, por adaptación rítmica y no por la brutal batuta autoritaria. De esa armonía libre brotará la melodía humana, hondamente humana.

Aquí nos falta armonía y nos sobra compás, en este pobre pueblo cristalizado.

Parece que se asoma uno a otro mundo cuando echa una ojeada a ese hervor de la actual sociedad europea, a ese correr de ríos que lo arrastran todo, inmundicias inclusive, pero que van dejando a su paso limo fomentador de vida, limo que abrigará frutos fecundos así que luzca un sol de justicia y de verdad sobre la sementera.

Cierto es que los *virtuosismos* y tecniquerías ocupan y preocupan mucho, cierto que hay demasiado pintarrapear sin líneas, que flota en esa balumba la concepción aristocrática del arte y de la ciencia, ciertísimo que los artificios de jardine-



ría convierten al aromoso y sencillo agabanzo en pomposa rosa purpurina de cien hojas, lujosa, inodora e infructífera, ciertísimo es todo esto, pero es explosión de vida, con sus erupciones morbosas para expeler la muerte de que brota. ¿Quién sabe? Tal vez esos despropósitos artísticos, científicos y literarios sean vacuna contra mayores males. Pase en buen hora la juventud sarampión espiritual y gocen los salvajes de selvática salud.

¿Que son un hato de locos? Aquí parece que en cambio ni hay materia enloquecible. De esa danza macabra y esa pelea a oscuras en busca de claraboya para el futuro volvamos los ojos a esta pobre España y a nuestra juventud intelectual.

¡Qué idílico concierto! Ahí está, ¡es el pantano nacional, de aguas estancadas anidadoras de intermitentes palúdicas que sumen en dulce perle-sía las almas de nuestra juventud! En sus orillas cantan, mientras nuestro sol les calienta los cascos fríos, las viejas ranas y en la charca juegan los renacuajos buscando cebo y esperando les crezcan las patas y se les borre el rabo. El coro es delicioso y acompasado. Al menor ruido extraño saltan las ranas de las márgenes al charco, sintiéndose en éste seguras. Y no hay nada como la charca nacional con sus viejas ranas y

sus renacuajos clasificados en orden jerárquico según el tamaño del rabo. De lo que pasa fuera ¿qué les importa? De vez en cuando se refleja en la superficie serena del pantano alguna ave libre que cruza el cielo cantando a la libertad, al aire abierto y a la luz, pero no tienen más que dar un salto al agua y la imagen perturbadora se turba, y con graznar algo más fuerte se apagan los ecos vibrantes que bajan de las alturas.

En plata, que padecemos agarbanzamiento agudo. Cunden como cizaña el *género chico* y la *revista cómica* y para entonarlo la grave *lata*. ¡Se ha llegado a descubrir ingenio hasta en el chulo! Apenas hay temporada sin su consabida frase de moda, cuyo encanto consiste en la absoluta incongruencia y vaciedad.

Hay infelices que creen se derrocha ingenio en nuestra juventud literaria, que está derramando sal a diestro y siniestro y hasta admiran bonachonamente los juegos malabares y las prestidigitaciones de nuestros graciosos de oficio. Todo ello no pasa de dar vueltas en seco a los arcaduces de la vieja noria oxidada, en pozo vacío y enjuto. Estrújase el menguado ingenio para inventar una frase que corra de café en café, y debajo de ella no hay nada.

Se habla a las veces del ingenio de nuestros



*humoristas* de cartel o tanda. ¿Humoristas? Lo primero que se necesita para jugar con las ideas es poseerlas con libertad de espíritu, y ni las poseen ni son libres esos graciosos chicos y grandes. Son esclavos y no de ideas, sino de frases, de fórmulas, de rutinarios dogmas, de los que están poseídos en vez de poseerlos. No poseedores de ideas, sino poseídos de palabras, de meras palabras; no dueños de fe, sino esclavos de dogma. Porque el ser dueño de fórmulas, de dogmas, de rutinas, el poseerlas hace fuerte y permite, llegado el caso, desprenderse de ellas, pero el ser de ellas poseído es estar poseído del modo más terrible y refractario a exorcismos.

¡Humoristas! Sí, de cerca parece que juegan con ideas y son sólo cáscaras de ideas.

Redúcese todo a variaciones de chillona dulzaina encadenadas siempre a la pauta que da el tambor. El tamborilero marca la medida acompañada, machacona, monótona y preceptiva, autoritaria, en fin, rutinaria, y respetándola religiosamente lanza el dulzainero algunas notas chillonas agrias sin orden ni concierto. Ni la licencia de la dulzaina es melodía ni armonía la autoridad del tambor, sino incoherencia aquélla y opresión ésta. Es lo que siempre sucede en cuanto se olvida que la libertad y orden son caras de la mis-

ma cosa, que la libertad misma es el orden; a la autoridad externa y coactiva corresponde la licencia interior. De la armonía viva, no de la muerta, brota la melodía libre; las variaciones caprichosas encerradas en compás seco sólo dan música ratonera.

Alejaos un poco de todos esos humoristas y articulistas *vibrantes*, alejaos de sus dulzainecos chillidos y a cierta distancia no parecen sus ecos apagadísimo sino quejas de una víctima oprimida bajo el machaqueo del tambor. Quien no viva sumergido en el charco no oye más que el salvaje tun tun. Todos esos ministros de libertad literaria chillan sin ritmo vivo, es cierto, pero esclavos del compás tamborileco. O dicho lisa-mente: por debajo de sus ingeniosidades chillonas y agrias se oye siempre el acompasado tun tun de «las venerandas tradiciones de nuestros mayores». Son esclavos.

El rasgo más íntimo de esa juventud gedeonizada es la *ideofobia*, el horror a las ideas. Y no tienen ellos toda la culpa; un *sabio* se ha hecho aquí cosa ridícula, y con motivo, porque parece sinónimo de macizo.

Cosa triste esa juventud respetuosa adolorada de los hombres viejos y de las fórmulas viejas del mundo viejo todo, envanecida del sol que re-



seca sus mulleras. ¡El sol! Donde no hay aguas vivas, corrientes, mata toda vida; donde las aguas se estancan, las envenena. ¡El sol! Da de plano en los desolados arenales de Arabia y se filtra de refilón no más en los frondosos bosques septentrionales.

Cosa triste una juventud a la caza de la recomendación y del cotarro (*coterie* en francés). Ellos se hacen sus prestigios, se los guisan y se los comen.

Nada más triste que una vuelta por el Sahara de Madrid, donde la centralización política ha recojido a los más de los jóvenes que se las buscan. Hay juventud carlista, conservadora ortodoxa y conservadora heterodoxa, fusionista, republicana de varios colores y colorines, meramente literaria, es decir, meramente cómica, artística, científica, erudita..., toda clase de juventudes y ninguna joven. Crecen en ella a la par, como derivados concomitantes y paralelos del paludismo espiritual, la ideofobia y la logorrea, el horror a las ideas y la diarrea de palabras.

Y lo que sobre todo crece como la espuma son los semanarios cómicos de toda clase, salinas del tan ponderado ingenio nacional, y mientras se intrinca por ahí fuera, allende el Pirineo, el bosque de revistas de toda clase aquí no se revis-

ta sino antiguallas macizas. ¡Semanales hay que siendo rastro de todo lo más viejo presentado por los espíritus más viejos, se llama *Nuevo Mundo!*

Dejémonos de todos esos tíos raros que nos traen extravagancias del norte y atengámonos al garbanzo castizo; fuente de salud gañanesca. Le pondremos salsa de novedades de revista de revistas, algunas frasecitas en lenguas que no conocemos y unos cuantos nombres leídos en cualquier sitio.

Dicen que esta monarquía constitucional española es uno de los países más libres del mundo. Sí, mientras ha habido tierra libre, tierra donde pudiera vivir anárquico el hombre, se esclavizaba a éste porque era esto más fácil que poner barreras al campo. Pero una vez que se ha acotado bien esta tierra, una vez asegurado el poder del dios Término, celoso patrón del derecho de abusar, se han despertado los sentimientos humanitarios y la campaña abolicionista acaba rompiendo las cadenas del esclavo. Ya es libre, puede ir donde le plazca, pero a donde quiera que vaya, como no se arroje de cabeza al mar, el suelo será de otro y tendrá que someterse al yugo si quiere comer. Esclavizada la tierra se liberta al hombre. Está ya acotado el campo—¡abajo las cadenas del esclavo!



El hecho histórico que acabo de exponer se ha cumplido aquí en el campo espiritual. Han proclamado nuestra libertad de emisión del pensamiento después de acotada y embargada la tierra toda espiritual de este pueblo, podemos expresar libremente nuestras ideas, pero clamando en el desierto, en lengua ininteligible al pueblo porque han hecho ininteligible la voz de la verdad. Una vez inoculada con la fiebre palúdica la ideofobia, ¡fuera el freno al pensamiento y viva la libertad! ¡Viva la libertad de expresión!, esto es, ¡viva la diarrea palabrería!

Parece lo natural que los jóvenes peleen por ideas jóvenes, no esclavizadas aún por la rutina. Parece lo natural, pero aquí los jóvenes o no pelean, y son los más, o hacen que pelean por cobrar la soldada, o pelean por cosas muertas o por rutinizar lo nuevo y encauzarlo en el autoritarismo envejecedor metiéndolo en encasillados y categorías.

No ha mucho que me hablaba con tristeza un hombre de buenas intenciones de las apostasías de la juventud, citándome casos de jóvenes que han claudicado por buscarse un empleo, un acta de diputado o una posición social. Procuré enterarme de los apóstatas y no había tal apostasia; no habían vendido ideales, porque jamás los tu-

vieron. Ni las frases son ideas, ni la *elocuencia* logorreica entusiasma; no es humorista un prestidigitador de juegos de palabras, ni apóstol un orador de *meeting*.

Hay también en esta juventud los bohemizantes, el detritus del romanticismo melencólico, los borrachos que cultivan el arcaico convencionalismo de tronar contra los convencionalismos siendo convencionales hasta el tuétano. «¡Sin cumplimiento!»; he aquí uno de los más acreditados cumplimientos.

Y hay también, dicho sea en honor de la verdad, de la justicia y de la patria, la oscura legión de los jóvenes modestos y graves, de sólidos conocimientos, de hábitos de abnegada investigación libresco, la legioncilla laboriosa y formal de los ratas de biblioteca o de revistas, que compulsan con toda conciencia la fe de bautismo de algún olvidado ingenio de nuestros pasados siglos, de alguna lumbrera apagada de la ciencia española o el último trabajo *formal* que viene de fuera. ¡Oh, jóvenes heroicos y de latitud de miras, hormiguitas de la cultura española! Parte de ellos cumple la tarea de adaptar al pantano las corrientes frescas y nuevas, es decir, de estancarlas... ¡Nobles forjadores de la rutina de mañana!

Para lo más de nuestra juventud no tiene exis-



tencia más que lo de una manera o de otra oficial, no hay más ideas sociales que las expresadas en el Congreso, en los *meetings* o en los periódicos, ni más obras literarias que las que reciben el marchamo en sus aduanas críticas. Matan el tiempo en chacharear del último aborto senil de cualquiera de nuestros viejos monumentos en literatura, arte o ciencia: o en discutir qué joven rana puede entrar ya en la Real Academia—¡honor insigne!

Son libres, nada se opone a la libre irradiación de sus ideas, si las hubieran conquistado; son libres, pero sin tierra espiritual, virgen y fecunda. Trabajan a jornal, bajo la mirada del capataz y apenas se rebelan como no sea para pedir aumento de salario. Y ¡qué apego tienen al terruño de que son siervos adscritos! Jamás se les ocurre emigrar a nuevas tierras espirituales, a selvas, vírgenes en su mayor extensión todavía. Todo menos desasirse del viejo campo tradicional, del que fué de sus tatarabuelos y es hoy de los amos que les explotan el espíritu, de los que les ponen a bailar y hacer funambulescas piruetas en la cuerda floja de nuestro salado ingenio nacional para que el pueblo soberano pape moscas absorto. El que huye y se va a los campos libres, es un forajido, un vagabundo, un miserable o un chiflado.

Esta es una sociedad cristalizada en que los individuos se mueven sincrónicamente y a batuta, en ejes fijos... ¡qué orden! No basta cambiar de postura con una revolución, ni de forma con una reforma, hace falta una metarritmisis que destruya su estructura psíquica íntima. ¡Pobre juventud intelectual española! Necesita ser metarritmizada. Queda toda la demás juventud, fresca y virgen, como base de continuidad fisiológica del pueblo. Una y otra juventud forman los elementos simples de nuestra constitución interna futura; de una suprema sacudida depende que encadenándose de distinto modo que como lo están brote de nuestra sociedad otra isomérica con ella y enteramente otra.

*Salamanca, Marzo de 1896.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 1625 MONTERREY, MEXICO